

Al cuadro de la Santa Familia pintado por S. M.  
la REINA GOBERNADORA, y presentado en  
la Real Academia de San Fernando en este año.

## INSPIRACION.

" ¡ Agitación sublime, yo te adoro! "  
(VEGA.)

## I.

«Las puertas del santuario de las artes  
No se abren á la gótica corona,  
Ni á tu cetro y tu nombre tan ilustre,  
Ni al renombre de *Justa y Bienhechora.*»  
Así una voz lo dijo; de la noche  
Lo repitieron las tranquilas sombras,  
Y alteró de mi sueño el caos profundo  
Como la piedra la laguna lóbrega.

Y su guirnalda mística  
En mis dormidos párpados  
La vision colocó;  
Y con su mano férrea  
Agitación fatídica  
Mi sueño removió.

No vi del astro lánguido  
El resplandor benéfico,  
Ni las estrellas, nó:  
Ni los planetas lúcidos  
Que en el ambiente célico  
El Padre Eterno ahogó.

Los venideros siglos se chocaban  
Del tranquilo vacío en la ancha órbita,  
Donde no había aún genio creado,  
Destinada al futuro por la gloria.  
Como la flor al borde del abismo  
Mecida al soplo de las yertas horas  
De la noche, mi cuerpo retemblaba:  
Una voz de muger, encantadora,  
Mi temor disipó; y eras tú, Reina,  
Tú de las artes luminosa antorcha.  
Y la voz que á la tuya respondía  
No era la voz sagrada y temerosa  
Del que nubes de azufre y llamas hizo,

TOMO II.

Del que deshizo al hombre de Sodoma.  
La fama era, la fama; de tu frente  
La calma no turbó su voz sonora.

.....

«No aquí el manto de los Reyes  
Se respeta, ni sus nombres,  
No aquí dominan las leyes,  
Voluntades de los hombres.  
Hízome Dios más que el mundo;  
Y mi sagrado profundo,  
Porque vasallos no há,  
No reconoce señores:  
Son sus Reyes los pintores,  
Su reino no acabará.»

«Brilla en tu frente serena  
La corona del Hispano  
Enlazada á tu melena,  
Y empuña el cetro tu mano.  
Di ¿quién aquí te condujo?  
¿Quién aquí tus galas trujo?  
Tu corona de laurel,  
Nó tu diadema luciente,  
Muéstrame, unida á tu frente,  
Y en vez del cetro el pincel.»

«Como el querube que sorbe  
De los truenos el aliento,  
Y pendiente sobre el orbe  
Se mece en el firmamento:  
Así á Rafaël divino  
Allá en su inmortal destino  
Mece el viento bramador,  
Con su artístico tropel;  
Que es un ángel Rafaël,  
Y no teme su furor.»

«Abate, hermosa, tu frente:  
Y á una lánguida mirada  
Ábrase en la fiebre ardiente  
Tu pestaña delicada.  
En mi templo sacrosanto  
Lánzate, depuesto el manto,  
Coronada de laurel,  
A la sublime palestra;  
Arada tu frente muestra,  
Y en vez del cetro el pincel.»

«Mas, tu genio dó está?...» Lágrima ardiente,  
De pena nó, mas de entusiasmo, hermosa,



Brilló suspensa al pie de tu mirada  
 Como ofrenda en el ara de la gloria.  
 El siglo cuyo soplo te dió vida  
 Alzó por fin su cabellera blonda  
 Coronada de palmas, y á tu lado  
 Una depositó.... ¡muger dichosa!  
 Tu lábio sonrió, y un cuadro hiciste....  
 Un grito de la turba clamorosa  
 De paganos artistas á tu frente  
 Aseguró la palma triunfadora.  
 Otro gritó aun mayor lanzaron ronco  
 Los ídolos de Atenas y de Roma:  
 Asi contra la arena de la playa  
 Mueren gimiendo de la mar las olas;  
 Asi la lona del velero barco  
 Palpita bajo el ala tempestuosa  
 Del huracan; y el rayo, su vigia  
 Al marinero maldiciente roba.  
 ¡Cuadro lleno de amor! ¡genio atrevido,  
 Formado allá donde la tierra estuosa  
 Despide llamas é insolente lava  
 Que al Adriático mar turba las ondas!  
 Doblado el cuello desde el alto asiento,  
 Con lánguida mirada candorosa,  
 Rafaél con su frente y su melena  
 A tu frente Real prestó su sombra.

.....

Y un cuadro hiciste bellissimo:  
 La Virgen representaba  
 Que en la infancia recreábase:  
 La gracia que le animaba  
 El Corregio te mostró,  
 Y la flor de Judá cándida  
 En tu mente se mecía,  
 Y con su oloroso bálsamo  
 Al llano te conducía  
 De la antigua Jericó.  
 Tambien su color fantástico,  
 Con su mágico pincel,  
 Y aquel entusiasmo místico,  
 Con su ramo de laurel,  
 Un español te entregó:  
 Murillo, el artista bético  
 Que en celeste amor ardía,  
 Y la Concepcion Purísima  
 De centellas revestia  
 Y de ángeles rodeó.

## CUADRO.

### II.

Oculto en una gruta en Galilea,  
 Una roca de asiento te servia,  
 Y palpitó tu corazon, María,  
 Por dos infantes, de ferviente amor.  
 Abandonando el suelo de Judéa  
 Un niño en tu destierro te abrazaba,  
 Y otro niño tambien te acariciaba  
 De la ley nueva santo precursor.

Los dos infantes te amaban,  
 Y los vientos te arrullaban,  
 Su aroma te regalaban  
 Los valles de Nazaret.  
 Si tus párpados dormían  
 Eras bella cual los ángeles;  
 Si tus párpados se abrian,  
 La delicia de Israël.

Cae de tu frente en trenzas la melena  
 Como la palma sobre el blanco lirio,  
 Como la luz de Dios en el martirio  
 Sobre la vírgen que en su fé murió.  
 Asi á la convertida Magdalena  
 Marchitos ramos hacía su belleza  
 Mandó la tierra, pero á tu cabeza  
 ¡Por qué, si la inocencia conservó!

Tierna á S. Juan contemplaste,  
 Á tu seno lo acercaste,  
 Y gozosa lo entregaste  
 Al abrazo fraternal.  
 Y cual madre lo mirabas,  
 Mientras en tu regazo nítido  
 Tu bella flor estrechabas  
 Para verla marchitar.

¡Cuántas veces tu cuello delicado  
 Se dobló hacía su párpado durmiente,  
 Cual azucena hacía el boton naciente  
 Se dobló de la brisa al suspirar!  
 Y el manto azul que yace derribado  
 Lo ocultaba en tu seno adormecido,  
 Como en su ocaso al sol enrojecido  
 Las azuladas ondas de la mar.



Y si su lábio reía  
Y en tu pecho le escondía,  
Feliz tu lábio ¡ María !  
Que su cabeza besó :  
Y la gruta silenciosa  
Que entre su ramage lóbrego  
Guardó la joya preciosa  
Del delirio de tu amor.

¡ Triste y sagrado amor ! ¡ niño inocente  
Como la flor del cláustro solitario !  
¡ Oh, si ella te guardára del Calvario  
Que te ofrece su amparo en una cruz !  
Gruta feliz, dó el ábrego inclemente  
Las delicadas flores no importuna,  
¡ Cuántas veces por tí la casta luna  
Mandó á su frente candorosa luz !

Y la brisa que corría  
Sus blondos rizos mecía ;  
Los que en el Gólgota un día  
El aura negra agitó.  
Y en los pliegues resbalaba  
Virgen, de tu casta túnica ;  
Tal vez la que te abrigaba  
Cuando tu Cristo murió.

¡ Ah ! si la calma desa union dichosa,  
La dulce paz de la inocencia cara,  
Del tirano el acento perturbára  
Mezclándose al aliento del amor :  
¡ Qué inquietud tan cruel, madre amorosa,  
De tu rostro el carmin disiparía !  
¡ Qué llanto las cabezas mojaría  
De ambos niños asidos de temor !

Sus miradas de contento,  
Su alegre infantil acento,  
Como las flores el viento,  
El sobresalto helaría  
En medio de sus abrazos.  
Y esa cruz de cañas frágiles,  
De sus infantiles brazos  
Al suelo resbalaría !.....

## GLORIA.

## III.

En tu obra, Cristina, la reina del cielo

„Su vista paró :

¡ Feliz en las artes el gótico suelo !

¡ Feliz la corona que el lauro ciñó !

Del arte en la historia, de glorias aurora

Tu nombre será ;

Y á pueblos y reyes, escelsa pintora,

Por siglos enteros tu fama hablará.

## IV.

Tal vez tu blanco plumage,

Cisne de Mantua, los tiempos

Arranquen pluma por pluma

Y lo pierdan en el viento :

Acaso un sol mas radiante

Eclipse tu estrella Homero ;

Pero nó tu frente jóven

De Urbino pintor escelso,

Ni á tí florentino bardo,

Ni á tí del bético suelo

Murillo del arte orgullo ;

Ni á tí gracioso Corregio ;

Que vuestros cantos se unen

Á la voz del Évangelio.

Ni á tí, Reina, turbará

El tropel de ídolos ciego

Que en monótona algazara

Sepulta el pagano imperio,

¡ Que es pirámide de escombros

Que arrasa el alá del viento !

¡ Qué son los cantos del hombre

La fé estinguida en el pecho ?

Son de ceniza los frutos

Que fertiliza el mar muerto.

Solo el náufrago en las aguas

Arrodillado en el puerto

Sus ojos y sus plegarias

Eleva hácia el Ser Supremo.

Asi tu talento, Reina,

Se eleva hácia el alto cielo,

Y tu cuadro, entre otros cuadros,

Guardará ese sacro templo,

\*



Con tu nombre, entre otros nombres,  
 Gloria del Hispano suelo;  
 Artistas que en el estudio  
 Su melena encanecieron;  
 Otros que en su juventud,  
 En el pensador silencio,  
 Marchitaron sus colores,  
 Vieron caer sus cabellos,  
 Como las hojas del árbol  
 Que nace en ardiente suelo.  
 En el placer de la tierra  
 Se formó tu claro genio,  
 El suyo entre los pesares,  
 Cual aroma en el desierto.  
 Pero lanzada á los aires,  
 No eleva menos su vuelo  
 El ave de los jardines  
 Que el ave del cementerio,

P. DE MADRAZO.



### LOPE DE VEGA.

Si la vida de este hombre *inverosímil* no fuese tan conocida por cuantos saben leer en España y fuera de ella, temeríamos en verdad que se me acusase de escribir patrañas y andaluzadas, al publicar estos ligeros apuntes sobre su vida. ¿A quién, por ejemplo, se le hace creer que un hombre solo ha escrito 1800 comedias, 400 autos sacramentales, millares de composiciones sueltas

entre sonetos, églogas, epístolas, novelas, poemas, villancicos &c. &c. &c. &c.? ¿Quién tiene tragaderas bastante anchas para creerlo, á menos de verlo con sus ojos y palparlo con sus manos? Con sus ojos y con sus manos, porque en sucesos tan extraordinarios, tan fuera de lo posible, por decirlo así, no hay testimonio por grave, y venerando que sea, que pueda con justicia aspirar á ser creído; cada cual tiene derecho para no fiarse ni aun de su padre. Si una fatal casualidad hubiese destruido las obras de este *monstruo de la naturaleza*, como le llamaba Cervantes, ¡oh y cuál estaríamos todos de acuerdo en llamar á boca llena embusteros y chuscos á los respetables escritores que nos han transmitido con tanta verdad y conciencia la vida y hechos de Frey Lope Felix de Vega Carpio! Y sin embargo aquellos escritores decían la verdad, y nada mas que la verdad: el que lo dude, acérquese á consultar los 21 tomos en cuarto de sus obras, impresas en casa de Sancha (1779), é item mas los 25 volúmenes de sus comedias, (sin contar las que no están en esta coleccion), lo que hace en todo 46 cuerpos de obra, con lo que tendrá para entretenerse un buen ratillo. ¿Pero como pueden hacerse esos prodigios? preguntarán algunos; y el mismo Lope de Vega les dará la respuesta en lo que dijo de sí mismo, *que salía toda su vida á cinco pliegos cada dia*, que multiplicados por los dias de que aquella se compuso, resultan 133.225 pliegos en 73 años, sin contar los bisiestos, que en ese término hubieron de ser 11 por la parte mas corta, de donde se infiere que habremos de añadir á nuestra cuenta 55 pliegos como un ochavo.

En otra parte dice Lope hablando de sus dramas:

«Y más de ciento en horas veinticuatro  
 »Pasaron de las musas al teatro.»

¿Qué tal? no es nada la friolera.

Ya que tantas mejor tajadas péñolas que la mia, han escrito largamente acerca de la influencia de este grande hombre sobre nuestra literatura y analizado una á una con suma erudicion todas sus obras, me limitaré por ahora á hablar



lisa y llanamente de la *vida y milagros* de Lope de Vega, que no son por cierto ni estos menos increíbles ni aquella menos estupenda que los de algunos santos y santas de los tiempos antiguos. Y en punto á milagros, vaya el siguiente, (bien merece el nombre de tal) que refiere en su estilo prolijo y candoroso el Doctor Juan Perez de Montalvan, aquel de quien digeron malas lenguas

El Doctor tú te le pones,  
El Montalvan no le tienes,  
Con que quitándote el Don  
Vienes á quedar Juan Perez.

Dice así:

«Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto de ellas, que estaba el corral (teatro) de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas, y fue tanta su diligencia, que Lope y yo nos juntamos para escribirle á toda prisa, una que fue la *Tercera Orden de S. Francisco*, en que Arias representó la figura del Santo con la mayor verdad que jamas se ha visto. Cupo á Lope la primera jornada, y á mí la segunda, que escribimos en dos dias, y repartiose la tercera á ocho hojas cada uno, y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo pues que yo no podia igualarle en el acierto, quise intentarlo en la diligencia, y por conseguirlo me levanté á las dos de la mañana, y á las once acabé mi parte; salí á buscarle, y halléle en el jardin muy divertido con un naranjo que se helaba: y preguntando como le habia ido de versos, me respondió: *á las cinco empecé á escribir, pero ya habrá una hora que acabé la jornada, almorcé un torrezno, escribí una carta de 50 tercetos, y regué todo este jardin, que no me ha cansado poco.* Y sacando los papeles me leyó las ocho hojas y los tercetos, cosa que me admirara, sino conociera su abundantísimo natural, y el imperio que tenia en los consonantes.»

Fue tal la fama que alcanzó Lope de Vega durante su vida, que bien puede decirse que ningún otro mortal, de rey abajo, la obtuvo jamas antes de morir. Poco despues de la muerte de este

ingenio admirable, escribia el autor ya citado: «No hay villa, ciudad, provincia, señorío, ó reino que no haya solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, ó ya en papel, ó ya en lámina, ó ya en lienzo. Vinieron muchos desde sus tierras solo á desengañarse de que era hombre. Enseñabanle en Madrid á los forasteros como en otras partes un templo, un palacio, y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echabanle bendiciones las mugeres, cuando le veian desde las ventanas. Hicieronle costosos presentes personas que solo le conocian por el nombre. Escribieronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laurearonle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber día ni hora que no tuviese ocasion alguna para su desvanecimiento; á no ser tan humilde como prudente, y tan desconfiado como modesto.» El Papa Urbano VIII le escribió una carta de su puño enviándole el hábito de S. Juan, con título de doctor en Teología. Fue el poeta mas rico de su tiempo, pues solo sus comedias, contadas á 500 reales, le produjeron 80,000 ducados y 6,000 sus autos sacramentales; con las impresiones de estos y aquellas ganó 1600. (1) Tenia ademas una pension en Galicia, una capellanía en Avila, y en punto á regalos y mercedes particulares, él mismo aseguraba haber recibido solo de su amigo y Mecenas, el duque de Sessa, *veinte y cuatro mil ducados en dinero.* Pero era nuestro poeta tan despilfarrado, tan amigo de tratarse bien y de obsequiar á sus allegados, y de gastar en comprar pinturas y libros, y en hacer limosnas, que á su muerte apenas vino á dejar 6,000 ducados en casa y muebles.

Nació este (2) *portento del orbe, gloria de la*

(1) Hemos creído deber dar estos prolijos detalles porque ademas del interes que á nuestro parecer ha de inspirar todo lo que hace relacion á este grande ingenio, contribuyen á hacernos formar una idea exacta del aprecio que entonces se hacia en España de la literatura y de los literatos.

(2) Montalvan, *Fama póstuma á la vida y muerte de Lope de Vega.*



nacion, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asunto de la envidia, cuidado de la fortuna, fenix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heróicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande á todas luces y en todas materias; nació, repito, en esta villa de Madrid, en casas de Gerónimo de Soto en la puerta de Guadalupe (1), á 25 de noviembre del año 1562, y se bautizó en la parroquia de S. Miguel en 6 de diciembre siguiente. Fueron sus padres Felix de Vega y Francisca Fernandez, él hidalgo de ejecutoria, y ambos vecinos de Madrid y de conocida nobleza en esta corte. Siendo aun muy niño, libre ya del miedo de su padre que ya habia muerto, se escapó de su casa con un su amigo llamado Hernando Muñoz, y juntos concertaron de irse á ver mundo, para lo cual cada uno previno lo necesario. Fuéronse á pie á Segovia donde compraron un rocin en quince ducados, que entonces no seria malo por el valor que tenia el dinero. Recorrieron alegremente algunos pueblos y pasaron al fin á Lavana y de allí á Astorga, resueltos á volver á sus casas paternas llenos de arrepentimiento y contricion, como lo ejecutaron en compañía de un alguacil, despues de haberse visto en grave peligro de albergarse por cuenta de el Rey en la cárcel de Segovia. Es el caso que habiéndoseles acabado el dinero suelto que llevaban, en esta ciudad, tuvieron que acudir á casa de un platero á cambiar unos doblones y vender una cadena, que sin duda hubieron de hurtar á sus padres para llevar á cabo su travesura: tomóles el platero ni mas ni menos que por ladrones, y dió con ellos y con los doblones y la cadena en casa de un juez, que vista la mocedad de los culpables y enterado del asunto, los restituyó humano y caritativo, acompañados de un ministril, al seno de sus familias. Tal fue el éxito de la primera salida de nuestro poeta madrileño.

(1) Se hallaba entonces donde ahora están los portales del mismo nombre.

Siguió Lope durante cuatro años los cursos de Filosofía en la universidad de Alcalá, y casó poco despues con Doña Isabel de Urbina, hija de Don Diego de Urbina, Rey de Armas; por aquella época tuvo un desafío de que salió muy airoso, con cuyo motivo huyó á Valencia, de donde volvió en breve á Madrid para recibir el último suspiro de su esposa querida. Fue tanto lo que le afligió este suceso, que aprovechando la ocasion que se le presentaba en la expedicion contra Inglaterra de morir gloriosamente, se embarcó en Lisboa con un hermano suyo alférez, que casi á la vista del puerto espiró al golpe matador de una bala holandesa, en los brazos de nuestro Lope: éste volvió á Madrid entre los restos miserables de la Invencible.

Al cabo de algun tiempo casó de segundas nupcias con Doña Juana de Guardio, madrileña, de quien tuvo dos hijos, Carlos que murió á los 6 años y Feliciano que casó con Luis de Usategui. Viudo por segunda vez, solicitó el hábito de la sagrada orden Tercera, entró en la congregacion del Caballero de Gracia, fue promotor fiscal de la veneranda cámara apostólica, notario escrito en el archivo romano; y desde aquella época, salvo alguno que otro hijo natural que tuvo, dióse á vivir con toda santidad y edificacion. En este estado le sorprendió la muerte en 17 de agosto de 1635, en su casa propia que estaba en la calle de Francos (ahora calle de Cervantes), y se dice ser aquella que á la mano izquierda, entrando desde la del Leon y pasando la del Niño, se distingue con el núm. 11, y tenia sobre el dintel de la puerta esta pequeña inscripcion que ha desaparecido con la reforma de la casa:

D. O. M.

*Parva propria magna*

*Magna aliena parva.*

Verificóse su entierro con tal pompa y suntuosidad, que viéndole pasar una discreta dama desde su balcon, dijo no pudiendo encarecerlo mas: Sin duda este entierro es de Lope pues es tan bueno. Era el concurso tan numeroso, que habia empezado ya á entrar el acompañamiento en S. Se-



bastian y no habia salido el cuerpo aun de la casa; no obstante que la carrera fue por la calle de Francos, la de S. Agustin, que hace frente á las vistas del convento de Trinitarias Descalzas (por donde pasó para que le viese su hija Marcela, monja en dicha casa), la de Cantarranas, la del Leon, plazuela de Anton Martin y calle de Atocha. Celebráronse sus exequias con toda solemnidad, y es fama que al quitar el cuerpo del túmulo para llevarle á la bóveda, prorrumpieron todos los presentes en dolorosos gemidos. Vacío su cabeza en cera el escultor Antonio de Herrera y salieron todos del templo, *llorando la soledad que les hacia Lope, como quien echa menos una joya que le han hurtado*. Depositóse su cuerpo en el segundo nicho de la Orden Tercera.

Fue Lope de Vega = hombre de mucha salud, porque fue muy templado en los humores, muy suelto en los miembros, muy ágil en las fuerzas, muy proporcionado en las facciones y muy ligero de pies y manos; y así estaba bueno siempre, porque andaba mucho sin cansarse, y es el ejercicio el mas útil remedio de la naturaleza. Era discreto en las conversaciones, modesto en las visitas, atento en los actos públicos, importuno en los negocios ajenos, descuidado en los suyos propios, apacible con su familia, juglar con los amigos, mesurado con los señores, generoso con los forasteros, galante con las mugeres y cortesano con los hombres. Si bien se cansaba mucho de los que regateaban el sombrero, siendo el tafetan tan barato, de los que tomaban tabaco habiendo de hablar con gente honrada, de los que se teñían las canas quedándose con los años y con los achaques, de los que decían mal de las mugeres sabiendo que nacieron de ellas, de los que creían á las gitanas estando vestidos de negro, y de los que preguntaban su edad á los otros no habiendo de casarse con ellos. = Indudable me parece que Montalvan al fin de esta prolija relacion, no hace mas que copiar las palabras mismas de Lope á quien sin duda las oíra muchas veces en sus momentos de buen humor: así lo indica el carácter y giro de estas últimas frases, desde *si bien se cansaba mucho*, que son enteramente de Lope. Estos detalles sobre el carácter y circunstancias particulares de los hom-

bres extraordinarios, á muchos pueden parecer insignificantes, pero son realmente preciosos para el poeta dramático y sobre todo para el novelista, en cuanto hacen formar una idea de las costumbres, trages, y modo de vivir de un época histórica y de un personaje á todas luces interesante.

En grande estima tuvo á las obras de Lope de Vega la opinion unánime de sus contemporáneos, y tanto que era espresion comun, aplicada á todo linage de objetos, decir que una cosa era de Lope para indicar que era buena y escelente sobre todas las demas. Un riquísimo aderezo, se decia *aderezo de Lope*, una flor, una fruta, un diamante, un pescado, un cuadro, una muger, de extraordinario mérito y hermosura, decíanse flor, fruta, diamante, pescado, cuadro y muger de Lope. ¡Y esto, viviendo el mismo Lope! ¿Qué son las libras esterlinas de Walter Scott, los millones de Paganini, los empleos de Goethe y todo lo que en las naciones que ahora tanto admiramos, se ha prodigado en riquezas y dignidades á los hombres eminentes, comparado con lo que hizo España con su Lope? Cualquiera de los tres ingenios susodichos hubiera trocado gustoso su existencia entera por un solo dia de la existencia de nuestro compatriota.

¡Qué diferencia de aquellos tiempos á los que alcanzamos!.... Y sin embargo, ¡en aquellos tiempos, en España, en Madrid, en la misma calle donde vivia Lope en merecida opulencia, moria Cervantes miserablemente!!.... = E. DE O.





## EXPOSICION PUBLICA DE PINTURA.

(Véase el número anterior.)

No cabe duda; cualesquiera que sean las calamidades que envuelvan á una nacion, jamas sofocarán del todo la llama de las bellas artes; podrán sí amortiguarla, y quizá sus fatídicos ramos cayendo de repente sobre ella solo dejarán de su antigua hoguera una imperceptible aspiral de humo; pero destruirla enteramente, imposible: porque el genio se desarrolla como la fragancia en jardines y en desiertos. Y sin él ¡cuáles serian nuestras amarguras! Si entre las tormentosas tinieblas que nos circuyen no divisáramos, aunque medio borradas por la oscuridad, las melancólicas facciones de un pequeño tropel de artistas, de una brillante falange de jóvenes que se sacrifican por la gloria de su patria en el silencio y en la fiebre de la meditacion y de la poesía; ¿qué flor habia de verter sobre nuestras llagas su cáliz aromático? ¿Qué falso horizonte habia de interceptar nuestras miradas? ¿Qué señuelo engañador podria separar nuestra mente de la desgracia? Ninguno. ¡Gloria eterna, pues, á nuestros artistas! Solo á ellos debemos el regocijo con que la capital entera acorre al santuario de nuestras artes, solo á ellos las benéficas miradas que desde la inmortalidad dirigen á nuestro suelo Murillo, Velazquez, Ribera.... Solo á ellos las celosas miradas de estos mismos antiguos genios cuando se vean igualados por nuestros pintores.....

¡Gloria eterna tambien á nuestra Reina Gobernadora! Protectora de las artes, quiere al mismo tiempo llamarse *artista*, y lleva los frutos de su talento al elevado alcázar de la pintura, el depósito predilecto de su gloria. — *Proteccion* al genio es la voz de las artes — *proteccion y ejemplo* la de nuestra Reina; y al lado del dosel regio recibe la Academia sus dos hermosos cuadros, como la irradiacion del sol las nubes. Livorado desde la niñez en su genio algun artista, se desarrollaba

tal vez atormentado por el desamparo, y esperaba desvanecerse como una chispa al primer soplo de la brisa de la noche, cuando una mano real se extendió sobre su cabeza y colocó su manto sobre todos sus compañeros. El bellissimo cuadro de la Concepcion, presentado hace un año en la misma exposicion, fue una de las pruebas del mérito de S. M. Este año ha sido mayor.

Sentada en una especie de gruta, teniendo en su regazo al Niño Jesus, y abrazado á San Juan con el brazo derecho, dobla la Virgen su hermosa cabeza hácia aquellos tiernos infantes; grupo amoroso y sencillo, objeto de todo su amor. ¡Inocente delirio! Su semblante respira el candor de una madre entregada á las delicias de una escena doméstica, y tomando parte en las acciones, en el lenguaje, y hasta en la inocente risa de sus amados niños. San Juan, con una cruz de caña en los brazos, va á recibir de Cristo el abrazo que le hace precursor de la nueva Ley.

Las cualidades sobresalientes en esta composicion son la gracia y el buen dibujo. El colorido es feliz; reúne fuerza de claro-oscuro, suavidad en las carnes, y frescura en las tintas: el fondo oscuro hace resaltar el grupo de esta Sacra Familia, y todo el cuadro posee una magia secreta que seduce al espectador á una contemplacion no interrumpida. El otro cuadro de S. M. representa una Virgen. Es fácil de conocer en él la misma mano que ha egecutado el anterior. Esta composicion es mas sencilla, ó por mejor decir, no hay otra que la actitud modesta y graciosa de una linda cabeza, mas no por eso su mérito es inferior. El empaste del pincel, la espresion candorosa de la Virgen, y la fácil egecucion del colorido en el manto y en el ligero paño que cubre su cabeza, en nada desmereceria colocado este cuadrito al lado de su original de Sassoferrato.

Prometimos en el número pasado hacer un exámen de las bellezas y defectos de los cuadros presentados hasta ahora; seguiremos pues el mismo orden que establecimos en el primer artículo.

En el acto mismo del juramento de uno de los caballeros, está representada la multitud de personas que ocupa el interior de la iglesia de S. Gerónimo. La parte esencial de este hermoso cua-



dro no es el movimiento de las figuras, sino la perspectiva del edificio, y la aérea: en ambas es eminente el Sr. Kuntz. La luz que entra por sus ventanas está maravillosamente espresada, y es tal su efecto, y la contraposición que forma con las sombras, que arrebatada esta obra las miradas de las personas; prueba de ello es la multitud que continuamente la rodea. La exactitud en la perspectiva lineal es admirable; cosa mucho más difícil de lo que parece considerando solamente las proporciones y medidas geométricas; la elección del punto de vista no podía ser más oportuna: el Sr. Kuntz puede estar muy satisfecho con esta producción de su conocido talento, y no dude que su nombre figurará en la historia de nuestras bellas artes. No hablaremos del cuadro del pintor de cámara D. Federico de Madrazo, por ser este joven uno de los editores de este periódico; pero vemos con satisfacción que la opinión pública le hace toda la justicia que se merece.

Los tres cuadros del Sr. Esquivel, y su retrato, no dejan de merecer elogios. Este pintor ha hecho grandes adelantos. Pero sentimos que por imitar el colorido de los cuadros antiguos, falte en sus obras á la frescura que es forzoso tuviesen aquellos en la época en que se pintaron. Este defecto se echa de ver con especialidad en su *Virgen del Rosario*. Deseáramos que el Sr. Esquivel tuviese presente, que los grandes pintores de la escuela sevillana pintaron la naturaleza con sus mismos colores y no hicieron las carnes amarillentas. Es decir, que los ángeles que rodean á la *Virgen del Rosario*, dentro de pocos años estaran poco menos que pardos. El mismo defecto se nota en las nubes y resplandores.

Ignoramos quienes sean los autores, ó el autor, de dos retratos situados á la izquierda de la primera sala; hubiéramos deseado que las tintas fueran más transparentes. Sin embargo, el retrato de busto revela un gran estudio y mucha práctica en el pincel. La cabeza y las manos están perfectamente bien estudiadas y modeladas.

Las señoritas Elena Feillet y Weis, la primera por sus miniaturas, y la segunda por sus dibujos y alguna copia al óleo, merecen ser juzgadas como artistas más bien que como aficiona-

das. La copia de *la Gioconda* de la última, y el retrato de la señora marquesa de Villagarcía, nada dejan que desear: pero las miniaturas de la primera, preciso es confesar que nos han gustado más por lo que representan que por la ejecución artística. Porque estamos convencidos de que muy bien se puede dar á un retrato su verdadero color, aunque éste sea pálido, sin faltar á la animación que debe tener.

Inútil sería hablar de los tres retratos que ha presentado el fecundo pintor de cámara D. Vicente Lopez. El mérito de este artista es ya demasiado conocido para que creamos que nuestro juicio contribuiría á su reputación. Cuando en el número pasado digimos, que extrañábamos no hubiesen expuesto alguna producción pintores que siempre han sido dignos de la pública alabanza, no estaban aun presentadas estas obras.

Hemos leído con sumo placer los elogios que tributan otros periódicos al mérito de D. Genaro Villamil. Y ¿cómo podría ser de otro modo? Este artista ha llegado con su estilo á cautivar la atención de los inteligentes y la admiración de los que no lo son. ¡Ahí están, para estos últimos, esos monumentos góticos todos de nuestro suelo! ¡ahí están esas portadas y árabes torreones, á cuyo pie tal vez alguno de los espectadores ha sido testigo de los suspiros de un andaluz enamorado exhalados en melancólica cantilena! ¡ahí están paisajes amenos y variados! Todo dá á conocer el patriotismo del autor y sus deseos de dar á conocer las bellezas de nuestra romántica España. Para los inteligentes, *la tahona de la Soledad* y los dos *recuerdos de Granada*. Sobrepujan estas obras á las otras, tanto en el efecto como en la verdad. La composición de fragmentos de la catedral de Sevilla es feliz, la ejecución es franca y fácil: pero se echa de ver en ella un defecto que el Sr. Villamil puede hacer desaparecer en sus obras, deteniéndose más en copiar la naturaleza; y es un tono general dominante, que dá á la obra un colorido más *convencional* que *verdadero*. Esperamos que lo haga convencido por su propia vista. El pintor que ha ejecutado la *tahona de la Soledad* no podrá hacerlo?.....

Digimos ya que en el cuadro del Sr. Tegö



de la batalla entre Centauros y Lapitas sobresalía la corrección del dibujo. En efecto, además de la belleza de la composición, por sus felices grupos, la perfección de las formas nada puede reclamar de Tegö. El colorido no es en nuestra opinión tan feliz. Hay ciertos colores ó tonos que dominan en la imaginación después de vista una obra. Al cuadro de Tegö es inseparable la impresión del tono sonrosado. Este cuadro está todo él pintado con mucha detención y delicadeza, siendo uno de los cuadros más dignos de alabanza en la presente exposición.

El Sr. San Roman ha dado una prueba de su estudio en los modelos antiguos; y aquellos *caprichos*, que así titula, tienen gracia y cierta severidad en su escuela.

Al lado se ven los retratos del Sr. Gutierrez. La escuela sevillana brilla en ellos: y el mayor elogio que podamos hacer de este pintor, diciendo que el retrato de la señora de Córdoba y Urbistondo recuerda el colorido de Murillo, es en todo conforme á la opinión de nuestros mejores artistas.

Otra vez se presenta á nuestra vista la magia maravillosa del Sr. Kuntz, en una obra en nada inferior al bellissimo cuadro de *la Jura*. ¿Quién al mirar aquel interior del monasterio de S. Lorenzo no se siente impelido á la realidad misma, llegando á dudar si está delante de un lienzo? Aquellas pacíficas y sombrías bóvedas del templo parecen aun resonar con los últimos ecos del canto religioso. El local espacioso, todo de piedra, lleva hasta nuestros cuerpos la frescura del parage; y el ambiente místico que le rodea conduce hasta nuestros oídos las monótonas pisadas de los niños de coro y de los devotos que entran á hacer sus oraciones. ¡Gloria eterna al artista que así engaña y recrea nuestros sentidos! no encontramos un lunar siquiera que mate las bellezas de esta producción. Una serie de arcos y bóvedas nos conduce desde las sombras á la claridad de la sacristía fuera de la iglesia: el aire interpuesto está maravillosamente espresado. Esta cualidad es la más difícil. En una palabra, estamos firmemente persuadidos de que en vistas de interiores es imposible hacer más de lo que hace el Sr. Kuntz.

Dos buenos cuadros nos falta aun que examinar. ¡Y cuánto presta el argumento de uno de ellos al pincel, tanto por ser uno de los hechos principales de nuestra historia como por las costumbres, trages, bazaría y gala de aquellos tiempos en que todo parecía acatar á las dos coronas unidas aragonesa y castellana! La católica Isabel y su esposo el rey D. Fernando V, sentados en ricos sillones bajo el dosel de brocado de oro, puesto al intento, reciben con toda solemnidad los frutos de la gloriosa expedición de su protegido Cristóbal Colon al descubrimiento del nuevo mundo. Los infantes D. Juan, hijo primogénito, y Doña Juana, están al lado izquierdo del trono con varios caballeros y ricos-hombres, entre ellos Gonzalo de Córdoba todavía en la flor de su edad, y dos damas. El célebre cardenal de España Don Pedro Gonzalo de Mendoza y el doctor Galindez de Carvajal (1) siguen á la derecha del trono al Condestable representado con espada en mano, y ocupan muy principal lugar en el asunto; pero el grupo que desde luego llama la atención es, como debía serlo, el de las personas de la real familia. Este cuadro, obra de D. Valentin Cardenera, artista muy acreditado tanto por sus conocimientos como por las obras que en otras exposiciones ha presentado, hace mucho honor á nuestras bellas artes. La composición es bella; sin esta cualidad nada es un cuadro. Colon en pie ante los reyes parece mostrarles las producciones de la América, y algunos indios de ambos sexos que le siguen como asombrados de las costumbres y magnificencia europea; y en esto el pintor ha seguido exactamente la historia. «*Y referidas las cosas de su viaje y mostradas las cosas que traía y los indios en la manera que andaban en su naturaleza....*» Así lo dice Herrera, y así mismo lo espresó el artista. Ha observado también mucha fidelidad en los trages; y en cuanto á la ejecución de la obra diremos que el grandioso partido de claro-oscuro, la oportuna degradación de luz hacia la izquierda dan á este cuadro un efecto singular que satisface

(1) Este, el Gran Capitán, el Cardenal, y los Reyes, son retratos.



completamente la ilusion poetica. Esta obra ha sido egecutada por órden de S. M. la Reina Gobernadora, y creemos habrá llenado los deseos de tan escelsa protectora. ¿Quién no desea ser artista al ver el generoso impulso que de S. M. reciben las artes en nuestros dias?

El otro cuadro pertenece al jóven D. Carlos Luis de Ribera, hijo del pintor de cámara de este nombre. Representa la aparicion de la Virgen á S. José de Calasanz, fundador de las escuelas pías, mientras daba leccion á los niños. Lo místico del asunto ha absorbido la mente del jóven artista. ¿Qué podremos decir de un pintor que se anuncia con tales obras al mundo de las artes? Sus bellisimas disposiciones no necesitan de nuestro encomio cuando un cuadro como el presente es su mayor alabanza. Sobresalen en él el profundo estudio de la buena escuela que sigue su autor, mucha verdad, composicion felicísima, y brillante colorido. Si de algo pudiera tacharsele ciertamente seria de haber sentido demasiado los pliegues de los ropages; pero este ligero lunar proviene de una cualidad sobresaliente, y es el mucho estudio de la naturaleza. Así pues decimos y no cesaremos de repetirlo con satisfaccion de nuestra juventud artística, que este cuadro nos promete en el jóven Ribera un pintor digno de la memoria de los antiguos pintores de la escuela española. Los retratos que adornan la sala de la Biblioteca prueban adelantamientos en sus jóvenes autores: creemos que no faltarán buenos artistas en nuestra España: esta es la aurora que lejana nos sonrie en medio de nuestras turbulencias. ¡Llegue á nosotros su deseada efulgencia! El célebre Montes, ejecutado por el Sr. Cavauna, está muy parecido y bien pintado; pero sentimos que su garbo no nos revelára un diestro lidiador á no ser por el vestido que le cubre, que no admite aplicacion á otra cosa. El dibujo es esencial en un retrato; y aunque no hemos tenido el gusto de mirar muy de cerca las piernas del Sr. Montes, se nos figura que á un torero ágil no le vendrá mal el tener la rótula expedita para huir de las narices del toro. En cuanto al colorido tambien hay algo que decir. Los adornos de oro de la chaqueta están perfectamen-

te tocados; pero falta degradacion de luz en la parte inferior del cuerpo.

La sala del entresuelo ofrece muy poco que admirar á escepcion de alguna que otra obrita, y entre estas, tres lindas miniaturas del Sr. Ferran.

En el patio se hallan, entre otras obras, varios retratos ejecutados por diversos jóvenes, algunas copias de cuadros antiguos, y un cuadro de grandes dimensiones en el que se vé á Saul arrojando la lanza al jóven David; pintado por D. Agapito Lopez S. Roman: de buena composicion y dibujo; siendo lástima que el colorido no corresponda á estas dos buenas cualidades por falta de verdad y de armonía, ofendiendo la vista los colores demasiado fuertes y puros de los paños y accesorios. Al lado de este se vé una copia bastante fiel del célebre cuadro de la Rendicion de Bredá, de Velazquez, hecha por el Sr. Vallespin, del mismo tamaño que el original, por lo que exige mas indulgencia la falta de ambiente que se nota en el terreno y en el celage.

En general puede decirse, tanto por la abundancia de cuadros, como por su mérito, que la Esposicion ha sido muy brillante, aun mas de lo que nadie podia esperarse atendidos los males que nos cercan. ¡Plegue al cielo que nunca desfallezcan las artes en un suelo tan favorecido en talentos por la fortuna!

## PAGANINI.

Ha muerto en Génova del cólera, segun los periódicos franceses. Si esta noticia se confirma, con razon podrán esclamar los filarmónicos de todo el mundo, los artistas todos: «desapareció para siempre de entre nosotros el fenómeno del siglo!» ¡Qué de encantos, que de misterios, que de arcanos impenetrables se traga la tumba en que repose el gran Paganini!

Cuando por un raro acaso llegan á coincidir en el mismo individuo grandes facultades naturales con verdadero genio y aquella constancia



en el estudio que solo dimana de una pasión irresistible, demuestra éste hasta donde puede llegar la especie humana. Así se ha verificado en Paganini. Todo en él era igualmente admirable. Nada suyo estaba al alcance de los demás. El profesor más consumado se afanaba en vano en mirar, escuchar, observar, estudiar á Paganini. Su modo de tocar estaba lleno de secretos, como su música de misterios, como de oscuridad su vida. El compositor hallaba en sus obras un carácter particular y enteramente ajeno de todos los conocidos. No descubría el cantor, fuese de la escuela que fuese, á cual pertenecían los cantos de su música. Eran de él y de nadie más. Pero no solo el músico hallaba motivos de admirarse en la observación de este.... hombre extraordinario (si es que basta llamarle así.) Lo poquísimos que se sabía de su vida privada era tan original, tan inexplicable como sus producciones y su modo de ejecutarlas. Dñeño de un inmenso caudal, (se asegura que ha dejado *siete millones de francos*), vivió siempre en la mayor estrechez. Comía mal, se vestía mal, y se alojaba pobremente. — ¿Por qué? — Nadie lo sabe. Sus costumbres eran ignoradas. No se le conocían amores ni amistades. Algunos aseguran que su carácter había sido muy distinto; que allá en Italia, cuando joven, fué siempre pobre, hasta de dinero, y disipado: pero la Europa no le ha conocido así. Su conversación no se parecía á la de ningún otro, ni es posible confundir una carta suya con otra que no sea también suya. Su misma fisonomía advertía desde luego á cualquiera que estaba viendo un ser á parte, diferente de todos los demás, en fin, un Paganini. Pero sobre todo su aspecto, tocando, era verdaderamente imponente.

Un esqueleto vestido de negro con dos ojos de indecible penetración, con una frente regular y encima otra: con unas manos descarnadas de longitud desmesurada, en la izquierda un violin, en la derecha un arco. Empieza desde luego á pasar éste por aquel sin dar ni coger nunca el tono ni afinar el instrumento, y empieza el espectador al mismo tiempo á sentirse arrancar de cuanto le rodea como por una fuerza magnética, irresistible, enteramente mágica. Por algún tiempo continúa to-

davía el esqueleto negro casi inmóvil y como afectando una sonrisa sardónica, mas luego va ésta desapareciendo para dar lugar á otras expresiones muy diferentes, á medida que los movimientos de cuerpo, brazos, y cabeza, se aumentan mas y mas hasta llegar á un grado que harían reír sino hiciesen temblar; porque unidos los efectos del oído á los de la vista, en el alma del espectador, se halla ésta tan absorta en la contemplación de lo sublime, que no le queda el menor lugar para acordarse de lo ridículo. De repente cesaban todas estas contorsiones. El cuerpo volvía á su primitiva posición erguida, á tiempo que la mano derecha recogía detrás de una y otra oreja, con dos movimientos también particulares, la larga cabellera que había ido pasando por encima de los hombros, cubriendo por el lado izquierdo parte del mismo instrumento, y contrastando fuertemente con su negro de azabache la amarillenta color del rostro. Entonces solía pasar de la *bravura* al sentimiento, dando principio á uno de aquellos cantos que nadie había oído ni volverá á oír, de cuyos inexplicables efectos sus mismas facciones iban dando señales hasta acabar por fijar la vista en el espacio con una especie de complacencia íntima como si estuviese espionando la magestuosa elevación de un espíritu idolatrado á la esfera de la luz. Este era (ojalá pudiéramos decir aun, este es) Paganini tocando. ¿Qué extraño es que se le hayan prodigado *tantas y tales* denominaciones? Quién le tenía por un mágico, quien por un vampiro, aquel pretendía probar que era brujo, este que cuando menos era un ser sobrenatural, el otro le llamaba el judío errante.... lo sensible es que ahora solo se le llamará ya.... un *muerto*: quedando el mundo en la misma oscuridad respecto de lo que fué que respecto de lo que es. = S. M.

---



---

#### ESTAMPAS.

La Dorotea. = ¡ Ah ingrata Filis !

---



---

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

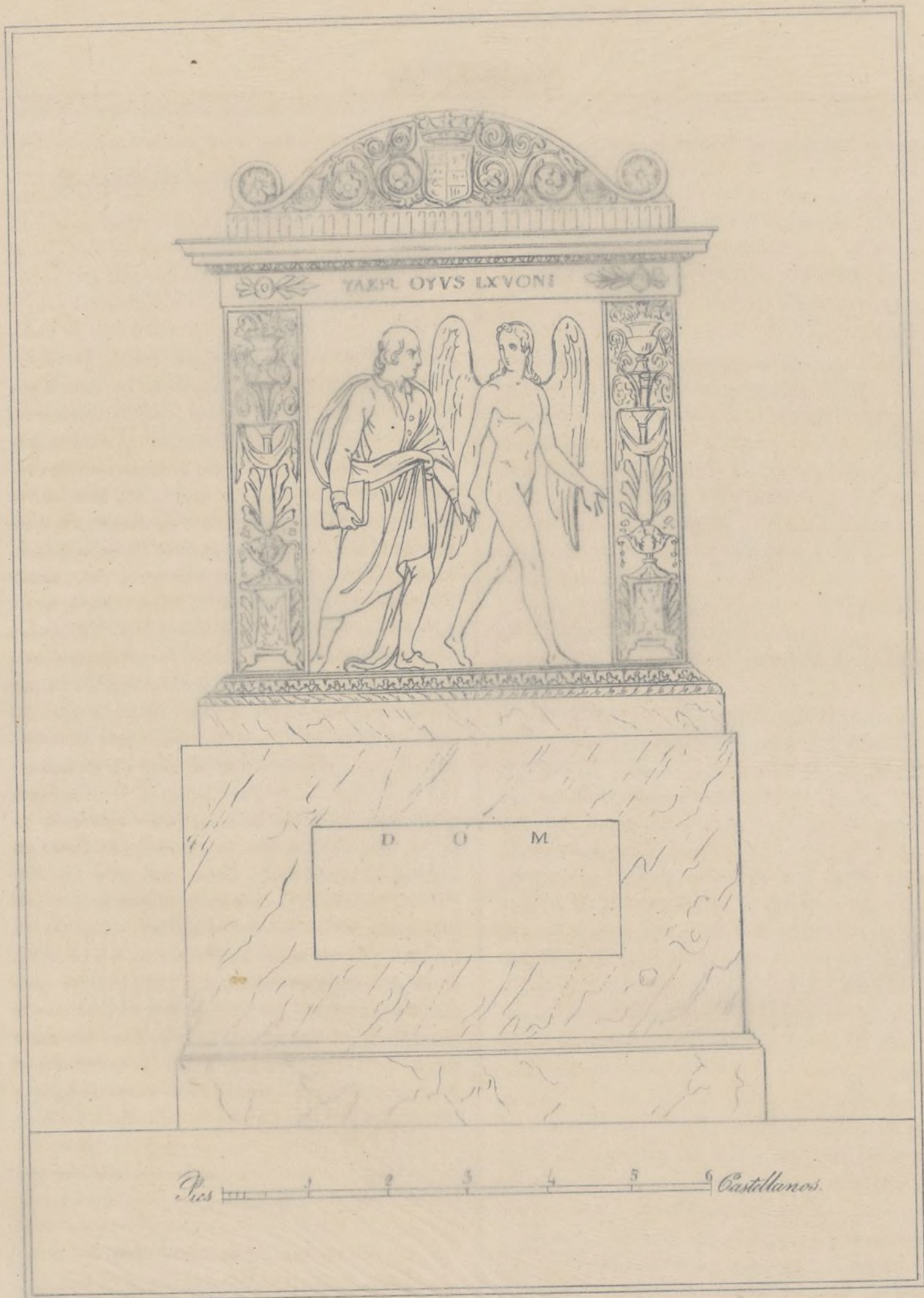
---



---

IMPRENTA DE I. SANCHA.





R<sup>l</sup> Lit<sup>a</sup> de Madrid.

PROYECTO DE UN CENOTAFIO

*A la memoria de Ovando*



en el estudio que solo dimanaba de una pasión irresistible, demuestra éste hasta donde puede llegar la especie humana. Así se ha verificado en Paganini. Todo en él era igualmente admirable. Nada suyo estaba al alcance de los demás. El profesor más consumado se afanaba en vano en mirar, escuchar, observar, estudiar á Paganini. Su modo de tocar estaba lleno de secretos, como su música de misterios, como de oscuridad su vida. El compositor hallaba en sus obras un carácter particular y enteramente ajeno de todos los conocidos. No descubría el cantor, fuese de la escuela que fuese, á cual pertenecían los cantos de su música. Eran de él y de nadie más. Pero no solo el músico hallaba motivos de admirarse en la observación de este.... hombre extraordinario (si es que basta llamarle así.) Lo poquísimo que se sabía de su vida privada era tan original, tan inexplicable como sus producciones y su modo de ejecutarlas. Dueño de un inmenso caudal, (se asegura que ha dejado *siete millones de francos*), vivió siempre en la mayor estrechez. Comía mal, se vestía mal, y se alojaba pobremente. — ¿Por qué? — Nadie lo sabe. Sus costumbres eran ignoradas. No se le conocían amores ni amistades. Algunos aseguran que su carácter había sido muy distinto; que allá en Italia, cuando joven, fué siempre pobre, hasta de dinero, y disipado: pero la Europa no le ha conocido así. Su conversación no se parecía á la de ningún otro, ni es posible confundir una carta suya con otra que no sea también suya. Su misma fisonomía advertía desde luego á cualquiera que estaba viendo un ser á parte, diferente de todos los demás, en fin, un Paganini. Pero sobre todo su aspecto, tocando, era verdaderamente imponente.

Un esqueleto vestido de negro con dos ojos de indecible penetración, con una frente regular y encima otra: con unas manos descarnadas de longitud desmesurada, en la izquierda un violin, en la derecha un arco. Empieza desde luego á pasar éste por aquel sin dar ni coger nunca el tono ni afinar el instrumento, y empieza el espectador al mismo tiempo á sentirse arrancar de cuanto le rodea como por una fuerza magnética, irresistible, enteramente mágica. Por algún tiempo continúa to-

davía el esqueleto negro casi inmóvil y como afectando una sonrisa sardónica, mas luego va ésta desapareciendo para dar lugar á otras expresiones muy diferentes, á medida que los movimientos de cuerpo, brazos, y cabeza, se aumentan mas y mas hasta llegar á un grado que harían reír sino hiciesen temblar; porque unidos los efectos del oído á los de la vista, en el alma del espectador, se halla ésta tan absorta en la contemplación de lo sublime, que no le queda el menor lugar para acordarse de lo ridículo. De repente cesaban todas estas contorsiones. El cuerpo volvía á su primitiva posición erguida, á tiempo que la mano derecha recogía detrás de una y otra oreja, con dos movimientos también particulares, la larga cabellera que había ido pasando por encima de los hombros, cubriendo por el lado izquierdo parte del mismo instrumento, y contrastando fuertemente con su negro de azabache la amarillenta color del rostro. Entonces solía pasar de la *bravura* al sentimiento, dando principio á uno de aquellos cantos que nadie había oído ni volverá á oír, de cuyos inexplicables efectos sus mismas facciones iban dando señales hasta acabar por fijar la vista en el espacio con una especie de complacencia íntima como si estuviese espionando la magestuosa elevación de un espíritu idolatrado á la esfera de la luz. Este era (ojalá pudiéramos decir aun, este es) Paganini tocando. ¿Qué extraño es que se le hayan prodigado tantas y tales denominaciones? Quién le tenía por un mágico, quien por un vampiro, aquel pretendía probar que era brujo, este que cuando menos era un ser sobrenatural, el otro le llamaba el judío errante.... lo sensible es que ahora solo se le llamará ya.... un muerto: quedando el mundo en la misma oscuridad respecto de lo que fué que respecto de lo que es. = S. M.

---

#### ESTAMPAS.

La Dorotea. =; Ah ingrata Filis!

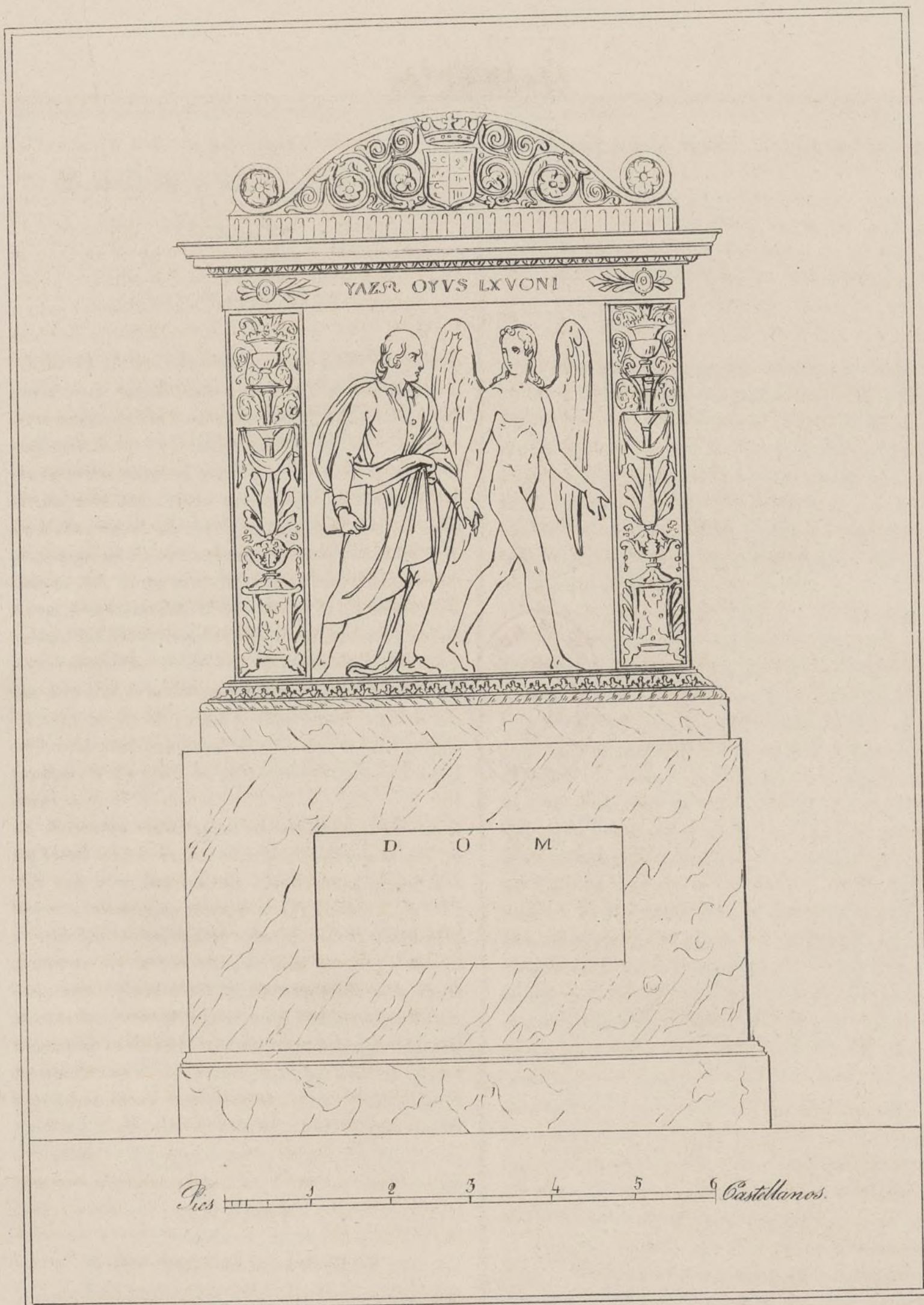
---

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

---

IMPRESA DE I. SANCHÁ.





R<sup>l</sup> Lit<sup>a</sup> de Madrid.

PROYECTO DE UN CENOTAFIO  
*A la memoria de Fovellanos.*



